

el cielo, las lanzas fulgurantes chocan por los aires, el éter palpita, y sus pulsaciones son resplandores y llamaradas.

El futuro hechicero no es más que un niño. Varias veces se ha sentido ante la presencia de Sidné, la Ceres de la Esquimalia, la ha adivinado por el escalofrío que le corría por las venas, por la carne de gallina que le picoteaba la piel y erizaba sus cabellos; varias veces ha distinguido sus suspiros dolorosos y prolongados, lejanos llantos, repercutientes como esos mugidos de la ballena que los espíritus oyen tan bien, pero á los cuales permanece siempre sorda la oreja vulgar. El ve astros desconocidos por los profanos; á Sirio, Algol y Altairo, pregunta el secreto de los destinos; adivina lo que piensa el Aguila, el Cisne, la Osa Mayor, que oyen los inóftas, la ven hacer, pero se callan. Porque esos astros gloriosos no hablan sino por centelleamientos, y nadie entiende su lenguaje si no tiene la luz en sí mismo. Pasa por la serie de las iniciaciones; no ignora que su espíritu no podrá desprenderse del pesado fardo de la materia y de la ruda ignorancia hasta que la luna le haya mirado de frente y le haya dirigido, como dardos, varios rayos de luz en sus propios ojos. Por fin, su propio Genio, evocado desde las insondables profundidades de su ser, se le aparecerá (1), habiendo franqueado la inmensidad del cielo y ascendido al través de los abismos del Océano. Blanco, pálido y solemne, el fantasma dirá: «Héme aquí! ¿Qué

(1) La misma creencia existe entre los lapones, pieles-rojas, los kamtchadales. Charlevoix, *Journal*.

quieres?» Uniéndose al reo de ultratumba, el alma del angakok volará en alas del viento; abandonando al cuerpo según su voluntad, vagará por el universo, rápida y ligera. Libre ella para sondear de ese modo las cosas ocultas, para informarse acerca de los misterios, revelará sus conocimientos á los hombres mortales, de espíritu grosero.

No hay como el angakok ideal para pasar por tal educación y tal disciplina interior. Profetas y reveladores, ascetas é inspirados, todos buscarán á Dios en el desierto, se refugiarán en la soledad para conversar con el Lobo, dicen unos, con los santos ángeles, piensan los otros; se sumergen todos en el augusto silencio para oír la melodía de las estrellas cantando á coro, para distinguir el susurro de los átomos, los murmullos del grano de arena, los suspiros que exhala la gota de rocío antes de dejar de ser; inefables armonías que apagan el ruido de las calles, de los mercados, el rugido de las batallas. Nuestra propia alma se nos escapa en el conflicto de las vanidades, sus movimientos íntimos se escapan á nuestra percepción, que embota el ensordecedor tumulto de las agitaciones mezquinas. Para volver á ser sí mismo, para apagarse, en fin, es preciso huir de la ciudad, evitar la multitud. Hasta que hayan descubierto su conciencia é interrogado los oráculos, no se es, no se será sino un niño. No se comprende nada del mundo exterior, mientras que concentrado en su alma no se hayan medido las sombrías profundidades, mientras no se hayan escuchado los ecos del pensamiento precipitándose en cascadas cada vez

más sordas, como el rodar del trueno que va á perderse por la otra parte del horizonte.

Pero los pulmones necesitan aire que consumir, los estómagos necesitan alimentos para digerir, las inteligencias hechos para elaborar y realidades para asimilar. Caería en el idiotismo el individuo que se aislara sin regreso y cesara de sostener con sus semejantes las relaciones de acción y reacción de que se compone la existencia. Por eso el augakok no se ausentará de la comunidad sino por intervalos, formará parte en las expediciones de caza y pesca, ejercerá tal vez alguna industria, no será ajeno á la vida pública, seguirá, ó hasta dirigirá los movimientos populares, los comprenderá bien porque no intervendrá jamás en los tumultos de la acción; él vive reposado, mira desde arriba. A medida que progresa en su arte, se hace más original y excéntrico. No se sabe con exactitud si vela ó sueña, si está presente ó ausente, si tiene juicio ó está loco. Toma las abstracciones por realidades y las realidades por abstracciones, se crea simpatías y antipatías. El esparce su alma por las espesuras, pero hace entrar las piedras en la substancia de sus huesos, se identifica con el paisaje ambiente. Lo que á todos disgusta complace á este hombre, pero él aguanta lo insoportable; se hace un modo suyo de entender y comprender, ve obscuro donde los demás ven claro, pero distingue con precisión lo que los otros no pueden discernir. Su mirada, velada por las cosas del presente siglo, penetra el mundo tráslunar. Los secretos de la eternidad se le hacen familiares á medida que se aleja

de las vulgaridades de la vida cotidiana. Poco á poco llega á ver doble, percibe los objetos exteriores y el reflejo que proyectan en su espíritu. Así es como en Brokeu, el Monte de las Hechiceras, el viajero ve su sombra chaparse contra las nubes y perfilarse en el espacio como espectro gigantesco. La fantasía misma, las quimeras extravagantes, no pueden desordenar y traspasar la realidad, descomponer sus elementos, recomponerlos de un modo incongruente. Antes de dar doctrinas á los pueblos, los profetas tuvieron que presentarse como fantasmas, igual que los bacchauts llenarse de ruidos y cubrirse de estruendos; antes de abordar á las verdades eternas, les fué necesario inmergirse en la ilusión. Sobre una metafísica mezclada de ignorancia y de locura, construyen un vasto é ingenioso sistema, que hace la aberración plausible, se desacuerda con el método, prueba el prodigio por el milagro, expone el absurdo con lógica, todo con el nombre de religión.

Hermanos ó primos hermanos de estos augakok son los *jossakides* indios, los *chamanes* de Siberia, los *joguis* y fakires de la India, los derviches mahometanos, los *eugaka* de Bautou, los *pidjjes* australianos y los ascetas y hechiceros en su totalidad. El objeto de sus ambiciones es el éxtasis, la unión con Dios, la absorción en el Espíritu infinito, en el Alma universal, en resumen, la vida religiosa por excelencia, cuyas manifestaciones, reputadas como milagrosas, entran todas, á pesar de la diversidad de detalles, en la categoría del Mal Sagrado; reaniman la fisiología neurótica, muy estudiada, pero aun obscura. Sin pretender explicar sus

casos, es fácil ver que esos desgraciados han trabajado para crearse una existencia fuera de la higiene y el buen sentido. Para ponerse por encima de la Naturaleza, la violaron; por eso soportan las consecuencias, y su existencia es más doliente que normal. Tienen ellos, á pesar de su apariencia adormecida y su fisonomía apática, lucideces singulares, percepciones de acuidad sorprendente; diríase que su alma está ausente, pero experimentan sensaciones de delicadeza extraordinaria, algunos inexplicables accesos de fuerza y de vigor, sensibilidades é insensibilidades que pasan á ser esencias. Al mismo tiempo creen en las persecuciones de demonios que irán á molestarlos y darles tormentos, hasta á degollarlos, si, por un terrible juramento no se comprometen á obedecerles. En sus accesos proféticos, se entregan á contorsiones extravagantes, á movimientos desordenados y convulsivos, prorrumpen en aullidos que parecen no tener nada de humano; la voz ronca sale de su boca espumeante, su tez se hace violácea y se inyectan sus ojos; con frecuencia se quedan ciegos á consecuencia de las congestiones. Pasan por fatigas y cansancios de los que no es fácil tener idea; sufren todas las fibras del cuerpo, se ven extenuados por todas las excitaciones cerebrales. ¡Nada tiene de extraño que estén siempre tristes, inclinados á las ideas sombrías! Su fisonomía comunica al alma un sentimiento penoso y profundo, dice Hyacinthe en su *Chamanismo en la China*. Se observa en ellos un temor excesivo á la muerte; temen hasta de ver á un cadáver,

y sin embargo, con sus pensamientos penetra el suicidio. Hall cuenta:

«La mujer de Jack remaba cuando fué presa de un acceso que al principio creí de epilepsia. Estalló en gritos salvajes, familiares, al parecer, á los que practican la hechicería. En esos casos todos redoblan sus fuerzas. Su voz era un extraño vagido; de sus labios salían como explosiones. Los marineros le contestaban en coro. Su melodía se acentuaba de minuto en minuto, haciéndose por instantes más salvaje; al mismo tiempo remaba desplegando un vigor sobrehumano. De regreso al campamento, la representación se repitió durante la noche. Jack decía una especie de liturgia, las mujeres cantaban, los hombres respondían. Esto duró varias horas; luego, al día siguiente, hicieron lo mismo.»

He aquí otra observación:

«Anocheía. Apenas si nos distinguíamos aún en el interior de la choza cuando se oyó un grito estentóreo. Rápidos como el pensamiento, mis inoítas saltaron de su puesto, se arrojaron sobre sus grandes cuchillos que se encontraban á la vista y los ocultaron en un escondrijo. Apenas si habían vuelto á sus sitios cuando un augakok se deslizó á gatas por la estrecha entrada. Arrastrándose sobre las rodillas, tentaba en la obscuridad, y ciego por una lepra que le cubría los ojos y la cara toda, buscaba tentando en la especie de armario donde guardan la comida. No encontrando lo que buscaba, volvió sobre sus pasos, retirándose sin decir una palabra. Yo pregunté:

»— ¿Y si hubiese encontrado un cuchillo?

«— ¿Un cuchillo? Se hubiese dado un golpe en cualquier parte. Suelen tener ideas. Eso les pasa de vez en cuando.»

Cuando un novicio se ha despojado completamente de lo que le hacía ser humano, hace de su cuerpo el templo de un espíritu, ó de varios, porque puede albergar legión, llama por su nombre al genio de su elección y le invita á tomarle á él como domicilio. Si le conjurase diez veces inútilmente, renunciaría á su oficio, pues sin *tornae* no puede haber profecía ni milagro. No quiere esto decir que haya perdido su tiempo y su trabajo. Los estudios, la dura disciplina por la que ha pasado, le valdrán siempre respeto y confianza. ¿Cómo se obtiene la inspiración?

El espíritu invocado hace encontrar á su protegido, un animal demoníaco: fuina, nutria ó tejón, para que él lo mate, despelleje y vista su piel. Se apropiará, como un tesoro, la lengua del animal, y con ella hará su medicina, su menjurge personal. La elección de este órgano es evidentemente simbólica; se ha adivinado ó se ha recordado que es el instrumento del verbo, manifestación de la Razón... sin que nosotros queramos insinuar que esos pobres augakok hayan presentado la escuela de Alejandría.

He aquí otros procedimientos:

Según el aviso que le dan sus ancianos, el levita visita la caverna de una isla inhabitada, en la cual fueron ocultados los huesos de un mago ilustre. El profeta duerme el sueño de la muerte, pero no hace más que dormir. Se sienta rígido y helado, la cara oculta

por una máscara. Vestido con la magnificencia del aparato sacerdotal, las alas de un mochuelo ó de un buho se extienden sobre su bonete; de su ropa cuelgan chuchumecos de marfil, cencerritos y campanillas, cadenitas y anillas, todo un revoltijo grotesco, gracias al cual se pone en relaciones con los reyes de los animales y los genios de los Elementos: uñas de águila, dientes de culebra, escamas de pescado, pedazos de cuero tierno y diversos pequeños objetos que se chocan, produciendo ruidos por los movimientos del cuerpo. Entre las rodillas tiene apoyado el tambor, el indispensable tambor — un mundo en pequeño, — sobre el cual están trazados los círculos del universo, la Cruz de los Cuatro Vientos, figura mágica de hombres y animales; el interior abriga pequeños monuelos, otros tantos espíritus que responden cada uno á los golpes de parche, dados de un modo especial. El adepto hace sonar el instrumento, se dirige al Vidente mismo, interpela al augusto profeta. Por efecto del ruido el cadáver se mueve, las plumas se agitan, la máscara se estremece. Esa máscara del muerto, tiene el vivo la bravura de quitarla: descubre la momia. Está negra y mucosa, yerta y deforme. El la contempla y es á su vez contemplado, las órbitas profundas le lanzan rayos de obscuridad. El vivo saluda frotando la punta de su nariz contra la espina nasal del cadáver, luego se pasa la mano por el vientre como para decir: «¡Encantador, delicioso!» Se crece en buenas formas, se escupe en las manos y moja con su saliva la cara del grande, del grande hombre; luego después le ofrece tabaco

para una ó dos pipas, y tal vez también un hígado de oso, que mata á los perros y envenena á los hombres, los hiere en el cuerpo y en el espíritu.

Ante tan exquisitas atenciones, los labios apergaminados dibujan una sonrisa, los palillos fijados en el penacho de la cabeza empiezan á menearse: ha sido bien recibido. A la dudosa claridad de la ardiente mecha empapada en el aceite de una concha marina, el maestro y el discípulo hablan durante toda la noche. El discípulo interroga, el maestro contesta por señales fosforescentes en el cerebro: á las cuestiones precisas y claras, contestación luminosa, pero la duda no obtiene más que oráculos tenebrosos. Así es como el espíritu del doctor pasa al joven discípulo; la transfusión se señala por la transmisión de un diente que el sucesor toma de la augusta mandíbula para ocultarla en la suya. Si este diente fuese visto por un profano, ó si vislumbrara solamente la lengua de la misteriosa nutria, caería inmediatamente herido de enajenación. El mismo castigo sufre el que haya visto el jaspero del Graal, en el cual San José había recogido las gotas de la Divina Sangre.

¿Pero por qué el diente del viejo hechicero, el diente precisamente?

Sobre este punto no podemos ofrecer más que conjeturas. El diente, la pieza más resistente del organismo, y que se encontraba con frecuencia en las cenizas de las hogueras, después que los huesos habían desaparecido, pasa en muchos pueblos primitivos por ser el sitio donde reside la vida. Los animales rapaces tienen

su fuerza en las mandíbulas; Oken y los filósofos de la Natura, comparan los dientes con brazos cefálicos. Los molares de las víctimas muertas en la guerra ó en las cacerías, componían los más soberbios collares que los héroes ofrecían á sus amadas. La víbora concentra en sus dientes su cólera y su vida, y echa la esencia de su quilo y de sus humores. ¿Por qué el hombre no hacía lo mismo? ¿El hechicero no tiene también un diente venenoso?

Se cuentan otras cosas no menos sorprendentes. Los hechiceros pueden cambiar de sexo á su gusto, sacarse un ojo para comérselo en seguida, hundirse un puñal en el pecho sin hacerse mal. De ese modo pasarían por la muerte, lo que creen seriamente haber hecho ya varias veces, en las condiciones más heroicas; y más extravagantes, añadimos nosotros. Van á la orilla del mar, llaman á ellos un oso ó una morsa, pero con preferencia á la Gran Ballena, á la cual invitan, por indicaciones, á abrir su enorme boca, dentro de la cual se precipitan. La marsopla costea distintas playas, visita islas numerosas, luego se sumerge en el abismo que conduce al Paraíso boreal, donde contemplarán á placer los misterios del otro mundo. ¿Cuánto tiempo residen allá? Lo ignoran ellos mismos, pues la medida del tiempo es una arriba y otra abajo. Durante el tiempo de residencia en el Paraíso, adquieren facultades extraordinarias y una inteligencia trascendental; se transforman

de larva en mariposa. Cuando ya han aprendido lo bastante, la ballena los vomita sobre la playa á esos otros Jonás.

Cuando todas las iniciaciones han sido cumplidas y las educaciones hechas y perfectas, el mago toma el nombre de augakok, que significa el «Grande» ó el «Antiguo», y entonces se ofrece al pueblo como guía é instructor. Desprovisto de todo poder oficial, es, no obstante, consultado en todo negocio ó cuestión importante y su consejo es siempre seguido. Todos podrán desafiarle, contradecirle, pero nadie se atreve ni se ocupa de ello. Atribuciones especiales, no tiene ninguna, pero acumula todas las influencias: consejero público, juez de paz, experto en todo, árbitro en negocios públicos y privados, artista en todo género, poeta, cómico, bufón. Reputado como genio y como loco, por lo menos, su inteligencia pasa como empapada en divinas fuentes, que comunica con los poderes superiores. El comprende á todo el mundo, pero nadie pretende adivinarlo. En último análisis, su poder es el de un espíritu superior á los espíritus obtusos; su secreto el mismo de la Galigay: el ascendiente de una voluntad fuerte sobre una voluntad débil. Basta con que sea superior, incontestablemente superior, para que los que le rodean le atribuyan una potencia suprema. Es médico, sacerdote y taumaturgo, porque él tiene varios demonios en el cuerpo, en el cerebro, en los riñones, en el corazón y en el hígado. Sólo él es Gran Proveedor del pueblo, tiene el poder de atraer hacia el arpón ó el lazo, la caza de mar y tierra; él solo tiene el poder de hacer obrar á

la piedra, don del Océano, gracias al cual la ballena, los salmones y brochetes, corren á dejarse arponear; sólo él puede llevar un cinturón de hierbas con varios nudos, que aseguran la victoria en todo encuentro; él sólo puede asistir á la luna cuando ella sufre. Durante los eclipses totales, la luna pierde completamente la cabeza, se extravía por los cielos, va errante por las rocas y los fundideros; pero entonces su amigo el augakok la vigila, le indica á gritos el camino que debe seguir para volver en sí y al mismo tiempo le canta himnos que la fortifican. Declara la guerra á los genios maléficos y se lanza contra ellos acorazado con fórmulas, armado de encantos, picos de cuervo, incisivos de zorra, garras de oso, y, si le es posible, algún utensilio de baratillo que allá les llevan los europeos. Para cazar el demonio de la enfermedad y contener las almas errantes, ejecutará movimientos violentos, contorsiones, saltará sobre un vasto brasero, combatirá la muerte con grandes mazadas y conseguirá hacerla huir.

---

En Esquimalia, como entre nosotros, existe la magia Blanca y la magia Negra, los malos y los buenos hechiceros. Los malos se aprovechan de su intimidad con los muertos poco recomendables, con los espíritus desprovistos de delicadeza, para servir los deseos malaventurados, los rencores particulares y perpetrar así malas acciones.

La vil multitud, en el otro mundo como en éste, no

hace ni gran bien ni gran mal y no se manifiesta sino por ligeros silbidos. Los más robustos, trompetean los oídos para que se les dé de comer; los temibles se aparecen en forma corporal; los más peligrosos, locos ó insensatos con los vivos, han ejercido el augakokat y mueren de muerte violenta. Los doctores espiritistas de allá recomiendan á los señores asesinos que inmediatamente de cometido el crimen arranquen el hígado á la víctima y comérselo aún palpitante, por ser el sitio donde reside la fuerza y la vida; medio único de escapar á las represalias del asesinado, que, de otro modo, se convertiría en furia, entraría en el cuerpo del asesino y le convertiría en demonio. Esto se explica bastante bien.

He aquí un acto practicado por todos los maleficientes del mundo: ampararse de una carne que ya empezó á devorar la persona á quien se quiere perjudicar; ponerla á podrir en una tumba, para que el muerto, royéndola á su vez, sea puesto en comunicación con el individuo traicionado y devore su substancia. De aquí el nombre dado al que pronostica el sino: «El que hace padecer» (1). Este artista de la desgracia entra también en relaciones con la luna mala, la luna en su descenso, que tiene la especialidad de atraer hacia ella las entrañas de los que se ríen sin moderación. Las víctimas de Hécate hacen de vampiro con los vivos, chupan las vísceras y órganos vitales; se transforman en araña, visible al augakok, la cual exhala

(1) *Kousouinak, Ilisitsout, plural Ilisitsok.*

un aliento envenenado en los intestinos, en los que introduce sus largas patas negras y curvadas.

El hechizado, si tiene fuerza, se presenta en la puerta del dioptra y hechicero y grita: «¡Eh, eh! se tiene necesidad de ti.» El hombre de arte no responde inmediatamente, se hace repetir el llamamiento: en la voz, en el acento del enfermo, adivinan la enfermedad que padece y hasta quién le ha enviado, pues no existe enfermedad que no sea producida por el odio de los vivos, ó el sopro pestilente de algún muerto en descomposición; hasta la fractura de un miembro se atribuye á un espíritu malo. El augakok, hechicero de la buena causa, defiende á su pueblo de las múltiples incursiones de los demonios, que afectan la forma de cánceres, reumatismos, parálisis, y sobre todo enfermedades cutáneas, que los civilizados atribuirían á falta de limpieza. El dispersa la maldita conflagración, persigue la innoble turba, exorcisa al enfermo, lo chopo con rancias orinas, al modo de los *doctores del veneno* bosquimanos. Los cambodgios asperjan igualmente al demonio de la viruela con orina, pero esta orina es la de un caballo blanco. Sin ir tan lejos, en el Extremo Oriente, los pastores eslavos sacuden sobre sus rebaños, para preservarlos de la desgracia, con hierbas de San Juan hervidas y dejadas secar. Nuestros campesinos de Francia se lavan las manos con su orina, ó con las de sus maridos ó hijos, para deshacer los conjuros é impedir sus efectos. El juez Paschase hizo rociar con ese líquido á la bienaventurada Santa Lucía, que él confundía con una hechicera. El augakok, cuyo diagnóstico

encuentra difícil, recurre á un procedimiento verdaderamente ingenioso: ata á la cabeza del enfermo un cordel, lo fija por el otro extremo á un bastón que él levanta, tantea, sopesa y lo vuelve en todos los sentidos. Siguiendo diversas operaciones, cuyo objeto es arrancar á la araña de la desgracia las carnes que ella devora, las limpiará, las acomodará en tanto cuanto le sea posible, y de ahí su nombre: purificador de almas.

Una mala hechicera, invisible pero presente, puede hacer fracasar los esfuerzos del conjuro, y hasta comunicarle la enfermedad, haciéndole víctima de su abnegación; la magia negra puede presentarse más poderosa que la magia blanca. Cuando ve el caso desesperado, el augakok honrado recurre, si le es posible, á uno ó varios de sus cofrades; juntos esos médicos de almas, reconfortan al moribundo y con voz solemne exaltan las felicidades del Paraíso, cantan con voz sordina un cántico de adios que acompañan delicadamente con el tambor.

En los kousoninck perseguidos por el odio de los augakout, se ha creído ver á los sacerdotes de una religión anterior, degradados y malos hechiceros. Lo cierto es que los augakout mismos están representados como sostenedores del negro Satanás, por los misioneros griegos, luteranos y otros, que declaran y afirman á ciencia cierta que Tornarsauk, el dios esquimal, no es otro que el gran diablo del infierno.

Durante el invierno no siempre se va á la caza del oso y del zorro; no está siempre atento para sorprender á la pobre foca cuando saca su hocico fuera del agujero para respirar. No puede siempre construir barcas, trineos ni trampas. La vida no sería sostenible sin el reposo. El tugurio es pobre y miserable, razón de más para abandonarlo. El esquimal se ríe de todo: se ríe del hombre blanco con sus cien instrumentos y sus mil fruslerías; se ríe friccionándose la nariz y las manos en peligro de gangrena; se ríe engullendo su aceite y engrasándose la piel, cuidando sus vestidos en el interior y en el exterior; se ríe y no pide otra cosa sino reír. Los inoitas no tienen otro placer que los de la sociedad: y no se privan de ellos. Siéndoles el clima hostil y la tierra madrastra, sienten la necesidad de aproximarse, ayudarse y amarse. Lo que les niega el exterior, lo piden ellos al mundo interior. Después de todo, nada es más grato al hombre que la compañía del hombre mismo; frecuentando á sus semejantes, desenvuelven en sí sus cualidades originales y sus más altas facultades. Si no fuese porque las tribus esquimales no son sino grandes familias solidarias las unas de las otras; si no fuese porque ellas llevan el comunismo hasta puntos extremos, sus pequeñas repúblicas no tardarían en desaparecer. De hecho, nada comprenden todavía del glorioso principio de «Cada uno para sí» ni de las eternas verdades de la Oferta y la Demanda. No han prestado atención á las suaves «Harmonías» de la Renta y del Capital, moduladas por la lira de Bastiat.